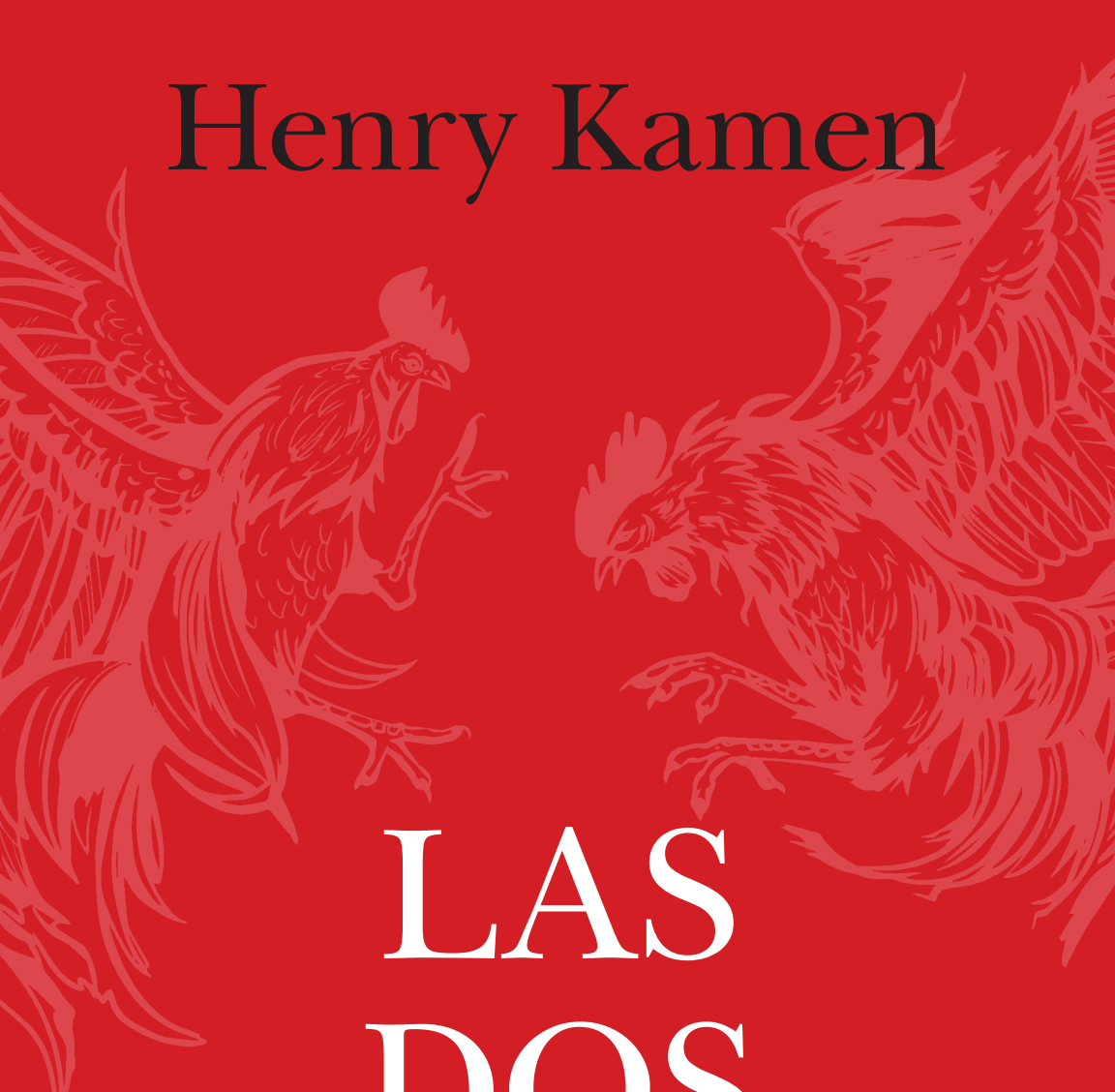




Henry Kamen

LAS
DOS
ESPAÑAS

CONFLICTOS Y SOLIDARIDADES

HENRY KAMEN

LAS DOS ESPAÑAS

Conflictos y solidaridades



La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con ellos a través de la web www.cedro.org o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Imágenes de interior: © Oronoz/Album; © Album; © Granger, NYC/Album; © Heritage Images/The Print Collector/Album; © Prisma/Album; © Fine Art Images/Album

Iconografía: DAU, Grupo Planeta

© Henry Kamen, 2025

© De la traducción, Alejandra Devoto, 2025

© Editorial Planeta, S. A., 2025

Espasa es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034, Barcelona (España)

www.espasa.com

www.planetadelibros.com

Primera edición: septiembre de 2025

Depósito legal: B. 13.707-2025

ISBN: 978-84-670-7856-5

Preimpresión: Safekat, S. L.

Impresión y encuadernación: Black Print

Printed in Spain - Impreso en España



ÍNDICE

PRÓLOGO	13
1. LA NARRATIVA DE LAS DOS ESPAÑAS	17
La creación de un mito. Primera fase: la herencia liberal	17
La creación de un mito. Segunda fase: el desastre, 1898	22
La creación de un mito. Tercera fase: el Siglo de Oro ...	26
La mitología de la «antiespaña» y la leyenda negra ...	31
Las dos Españas a través de los siglos	38
2. EL IMPERIO CUESTIONADO	45
El orgullo del Imperio	45
La confrontación de las dos Españas	55
El Imperio como mito del siglo xx	61
La idea de conquista	69
Un Imperio internacional	74
Las dos Españas: críticas del Imperio	80

3.	EL NUEVO MUNDO: «ENGAÑO DE MUCHOS»	89
	La gran ilusión: 1492	89
	El mito de la conquista	92
	La tragedia inhumana	97
	España, en defensa de los indios	104
	América, ¿la ruina de España?	111
4.	DOS PICAS EN FLANDES	121
	España y los Países Bajos, una alianza fraternal	122
	El conflicto que dividió a España	124
	Los españoles critican la guerra en el norte	135
	España contra la guerra	140
	El rey y el duque: dos visiones, un objetivo	144
5.	DOS ESPAÑAS: LOS RICOS Y LOS POBRES	151
	La gran brecha del Siglo de Oro	151
	El <i>boom</i> económico en la España clásica	152
	¿Quiénes eran los ricos?	155
	El comienzo del desastre natural	156
	La realidad de la pobreza en un siglo de riqueza	164
	La crítica social y los arbitristas	171
6.	LA REPUTACIÓN DE LA INQUISICIÓN	177
	La España ficticia: la creación del mito de la In- quisición	177
	La creación liberal de una Inquisición imaginaria ..	181
	Investigar el Santo Oficio	184
	La España que no amaba la Inquisición	187
	La ficción de los autos de fe	195
	España contra la Inquisición	202
7.	«TODA ESPAÑA ES MISIONERA»	205
	«Una fe, una cruzada eterna»	205
	Las dos Españas en el Siglo de Oro	209
	Una estrella brillante: Fadrique Furió Ceriol	214

Los orígenes políticos de la fábula de una España católica	217
La España no misionera	223
8. DOS ESPAÑAS, DOS REYES	235
Dos monarcas, dos ideologías	235
La leyenda de Isabel	238
Una vuelta de tuerca al mito	243
Los críticos españoles de Felipe II	246
La creación del mito liberal de Felipe II	253
El Escorial como símbolo para criticar a la monarquía ...	259
9. ESPAÑA FUERA DE ESPAÑA	267
España más allá de la Península	268
La cara expatriada de España	272
Los españoles en la Europa de la Reforma	276
Europa, tierra de refugio	288
El drama de la expulsión de los moriscos	294
10. LA GABACHOFobia Y LA GUERRA CIVIL	297
La construcción de una identidad en Europa	297
La reacción al poder militar de España	299
El problema de la <i>gabachofobia</i>	304
La sucesión francesa	309
La guerra civil del siglo XVIII	311
La <i>gabachofobia</i>	314
España dividida: el partido español	319
11. LA DIFICULTAD DE SER ESPAÑA	323
La defensa de una nación	326
La inevitabilidad de la existencia de varias Españas ...	331
La diversidad de España	336
BIBLIOGRAFÍA	339
ÍNDICE ONOMÁSTICO	349

1

LA NARRATIVA DE LAS DOS ESPAÑAS

No se nos ha hablado sino de nuestra leyenda negra y, hablando de ella, hemos ido ennegreciéndola más aún y obstinándonos en no ver nuestras faltas.

MIGUEL DE UNAMUNO (1918)

LA CREACIÓN DE UN MITO.

PRIMERA FASE: LA HERENCIA LIBERAL

Como la mayoría de las naciones de la Europa preindustrial, España tardó muchísimo tiempo en nacer. Por supuesto, hemos de dejar de lado las fantasías de quienes sostienen no solo que el país ha existido siempre, sino, incluso, que fue el primer país europeo. Los historiadores tienen una opinión más razonable y coinciden en que España, como nación política, nació en torno a 1808 o 1812, el mismo periodo en el que empezaron a existir otras naciones, como Francia y Alemania. La fecha exacta no es relevante, ya que todos coinciden en la importancia de esa década.

El Ejército de la Francia revolucionaria había ocupado España, había destronado a su rey y había puesto en su lugar al hermano de Napoleón: José Bonaparte. El 2 de mayo de 1808, una fecha que muchos festejan como el comienzo de la independencia de España, el pueblo de Madrid y el de otras ciudades se alzó contra las tropas extranjeras. La noción de una causa «nacional» en los alzamientos de 1808 fue,

en perspectiva, menos una realidad que una aspiración inventada por los grupos políticos de aquel entonces y transmitida una y otra vez hasta nuestros días. Los numerosos grupos diferentes que se opusieron a los franceses comenzaron a colaborar entre ellos para lograr la unidad y luchar por un objetivo común. Para explicar cómo empezaba a surgir el frágil concepto de nación, algunos diputados de las Cortes de Cádiz de 1810 presentaron una versión idealizada del pasado, según la cual —así lo veían ellos— durante siglos un pueblo libre había luchado contra tiranías despóticas de las que se estaba liberando. Era, como nos recuerda un estudioso, «la construcción mítica de un pasado legendario»¹.

Si un enemigo común puede ayudar a un pueblo a fusionarse y a crear una nación unida, España encontró una buena oportunidad para hacerlo cuando se tuvo que enfrentar a la ocupación francesa. Las fuerzas de la resistencia, con la colaboración del Ejército británico a las órdenes del duque de Wellington, acabaron expulsando a los invasores franceses, aunque tuvieron menos éxito en el frente político. En lugar de potenciar las aspiraciones nacionales, las Cortes de Cádiz —convocadas por los grupos opuestos a los franceses— dividieron a los españoles a través de sus debates, su legislación y la famosa Constitución de 1812, un trozo de papel que, según José Blanco White —posiblemente el español más sensato de aquella época—, se basaba en la confusión y jamás tuvo la oportunidad de hacerse realidad. Por el contrario, durante todo el siglo posterior a la salida de las tropas francesas de España hubo luchas políticas, disputas ideológicas y guerras dinásticas. En la práctica, no había una sola España, y pronto resultó evidente que, después de las

¹ José Álvarez Junco, «The Formation of Spanish Identity», *History and Memory*, vol. 14, núm. 1/2, otoño de 2002.

guerras napoleónicas, habían surgido varias y que España era un país complejo con identidades, divisiones y objetivos múltiples.

Cuando el diputado Agustín Argüelles presentó a las Cortes de Cádiz el borrador de una Constitución nacional, exclamó: «Españoles, ¡ya tenéis patria!». En realidad, no había ninguna, ni tampoco ningún sentimiento de solidaridad nacional. Las medidas adoptadas por las Cortes no fueron tan sanadoras como parecían, sino que, por el contrario, tuvieron un efecto devastador sobre la vida pública española durante más de cien años. Además, crearon la ilusión de una unidad nacional que estaba muy alejada de la realidad. Según algunos, la polarización de la vida pública se podía interpretar como un conflicto entre opuestos.

Las dudas sobre la existencia de una sola España persistieron durante todo el siglo XIX. Un puñado de escritores compartían esas dudas y sugirieron que, en realidad, había más de una España. Los constantes conflictos políticos de la época eran una clara demostración de que las élites estaban profundamente divididas entre ellas y tenían perspectivas muy diferentes. Al final se empezó a aplicar el concepto de las «dos Españas» a casi todos los aspectos de la experiencia histórica del país, e incluso algunos llegaron a convertirlo en una herramienta filosófica para interpretar el carácter español y su evolución a lo largo de los siglos. En perspectiva, muchos historiadores consideran que aquel fue el periodo en el que España quedó dividida profundamente y de forma casi irrevocable. Existen abundantes testimonios sobre ello.

Un testigo de esta situación fue el pintor Francisco de Goya. A partir de 1819, cuando se fue a vivir a las afueras de Madrid, su obra se desarrolló en una dirección singular y empezó a cubrir las paredes de su residencia con las extrañas pinturas negras, que representaban un mundo de brujas y

monstruos. Entre ellas estaba la conocida como *Duelo a garrotazos*, que representa a dos campesinos que luchan entre sí, como una parábola extraña y apasionante del conflicto social que reinaba en la sociedad. Entre las pinturas figuraba también *Saturno devorando a su hijo*, donde uno de los titanes legendarios, con la boca ensangrentada, arranca de un mordisco la cabeza de uno de sus hijos. ¿Podemos ver en estas obras una representación del conflicto y la dualidad de la sociedad española, una dualidad que dio origen a la violencia militar en el siglo XIX y a una Guerra Civil en el XX?

No cabe duda de que el conflicto civil fue un fenómeno endémico en toda Europa, provocado por el incremento de las influencias políticas, económicas e ideológicas que trastocaron el viejo orden de cosas y estimularon nuevas fuerzas, como el nacionalismo. Encontramos la idea de España como nación dividida —con una mitad enfrentada a la otra— en varios escritores de la época, como Mariano José de Larra, quien, en un artículo titulado «Día de difuntos» (1836), comentaba lo siguiente: «Aquí yace media España. Murió de la otra media». Larra era uno de los españoles que estaban preocupados por el aspecto que cada vez más parecía identificar a su país: el fracaso. Esperaba encontrar en otras naciones las semillas de la renovación. «Nuestra intención —escribió— ha sido persuadir a todos los españoles que debemos tomar del extranjero lo que esté al alcance de nuestras fuerzas».

Nos puede extrañar que los escritores insistan en los aspectos negativos de su historia, pero esa era su manera de defender sus esperanzas para el futuro. Se puede encontrar la crítica pesimista en todo el espectro de los escritores españoles de la primera generación del siglo XIX. El mensaje de Larra era francamente pesimista; se mofaba con amargura de todo aquello que ponía en ridículo al país y a su Gobierno ante los ojos del mundo. Tal vez ningún escritor antes

que él haya puesto de relieve de forma tan implacable los defectos de España.

El final de una relación amorosa lo condujo al suicidio en 1837. Su carrera, similar a la de Byron, impulsó el movimiento romántico español, cuyos adeptos se reunieron en su funeral. «Larra se mató —dijo el poeta Antonio Machado un siglo después—, porque no pudo encontrar la España que buscaba, y cuando hubo perdido toda esperanza de encontrarla».

Los escritores de la generación de Larra cultivaron contactos con Europa, donde esperaban hallar soluciones. Estaban obsesionados con el fenómeno de la decadencia y decididos a identificar los fracasos y a esforzarse por alcanzar los éxitos que España merecía, pero seguían estando mal informados sobre los problemas y las soluciones de la historia pasada del país. La noción de un país dividido no figuraba en la información histórica que los españoles tenían a su disposición, y solo gracias a las publicaciones de Modesto Lafuente los lectores comenzaron a obtener cierta perspectiva de los problemas que habían plagado el pasado de su patria.

Modesto Lafuente, hijo de un médico de la provincia de Palencia, no vivió jamás fuera de la Península. Su aportación a la historiografía adoptó la forma de una *Historia de España* (1850-1867) en treinta volúmenes que se considera la obra histórica unipersonal más impresionante jamás escrita en España y que sigue siendo, hoy en día, valiosa para consultar y agradable de leer. Gracias a Lafuente y a Juan de Mariana, un jesuita que vivió en el siglo xvi, los españoles pudieron leer acerca de su pasado con confianza. Sobre todo, pudieron comprender los factores que habían contribuido a crear la nación en la que vivían. La obra de Lafuente siguió siendo la historia oficial de España por lo menos hasta la década de 1890, cuando tuvo que competir con la

publicación de una *Historia de España* en varios volúmenes dirigida por el estadista conservador Antonio Cánovas del Castillo.

Tanto Lafuente como Cánovas compartían en cierta medida la visión de las dos Españas. Lafuente creó una interpretación del pasado a partir de las luchas políticas del presente. A sus espaldas quedaba la historia de España en el punto en el que la había dejado Mariana (en 1516, el año del fallecimiento de Fernando el Católico), una España que parecía encontrarse en su apogeo. Frente a él, la España del presente, un país hecho jirones, recientemente invadido por ejércitos extranjeros y gobernado por soberanos foráneos que —eso decía él— destruyeron el Gobierno parlamentario y favorecieron el poder de la Inquisición; un país que en algún momento había controlado un Imperio, pero que había quedado reducido a la ignorancia y al sufrimiento. ¿Qué había ocurrido para transformar aquella España en esta? La imagen pesimista que presentaban Lafuente y otros liberales contribuyó a crear una visión de las dos Españas que aún perdura en los libros de texto escolares y en la prensa diaria.

LA CREACIÓN DE UN MITO.

SEGUNDA FASE: EL DESASTRE, 1898

Los que expresaban sus opiniones por escrito en el siglo XIX eran —no podía ser de otra manera— miembros de la élite literaria, una clase de escritores que también estaba activa en Francia y en Inglaterra. En España se los consideraba una minoría particularmente inteligente, los «intelectuales», que, para hacer hincapié en su pertenencia a un grupo selecto, se inventaban etiquetas, como ocurrió con la denominada «generación del 98». Como su descripción in-

dica, uno de los principales acontecimientos que los inspiraron a ponerse a escribir fue la impresionante derrota que sufrió España en la guerra hispano-estadounidense de 1898, cuando desaparecieron los últimos vestigios del Imperio español en Cuba y en Filipinas, que quedaron en manos de Estados Unidos.

El «Desastre» —este es el nombre que se dio en España a la guerra— fue consecuencia de una rebelión contra el dominio español en Cuba. La encabezó el poeta José Martí, quien contó con el apoyo del Gobierno de Estados Unidos. Como era lógico, Cuba mantenía la mayoría de sus contactos comerciales con aquel país, que se mantuvo al margen mientras continuaba el conflicto en la isla. No obstante, en febrero de 1898, el acorazado *Maine*, que estaba de visita frente al puerto de La Habana, de repente saltó por los aires. Murieron más de doscientos hombres. En Washington echaron la culpa a los españoles —en la actualidad, los historiadores opinan que la explosión fue accidental— y a mediados de abril les declararon la guerra. La prensa y el público españoles hablaban con entusiasmo de derrotar a los «cerdos» estadounidenses —esa era la imagen habitual en Madrid—, de los que se burlaban, considerándolos unos cobardes a los que el león español no tardaría en devorar. «Los hijos de Cortés y de Pizarro —declaró, eufórico, un escritor madrileño— no pueden retirarse como lacayos de la región que descubrieron, poblaron y civilizaron». El Gobierno era más pesimista. España no estaba preparada para librar una campaña a miles de kilómetros de distancia y las fuerzas estadounidenses acabaron fácilmente con lo que quedaba del Imperio.

Una flota estadounidense sitió Manila y el 1 de mayo hundió toda la flota española en menos de un día. Otra expedición estadounidense zarpó de San Francisco el 25 de

mayo, de paso ocupó Hawái (que no era una posesión española) y Guam, y empezó a tomar las Filipinas. En junio, los estadounidenses desembarcaron en la bahía de Guantánamo, en Cuba, y comenzaron a desarrollar operaciones militares. Un mes después, otra fuerza ocupó Puerto Rico. Cuando los españoles enviaron una flota a Cuba, hubo un breve encontronazo, en el que los estadounidenses perdieron a un hombre, que murió, y tuvieron nueve heridos, mientras que los españoles se quedaron sin todas sus naves y contabilizaron quinientos muertos y doscientos heridos, además de miles de prisioneros. A mediados de agosto, España aceptó las condiciones de paz de Estados Unidos y, en diciembre, en virtud del Tratado de París, perdió la soberanía de Cuba, Puerto Rico, Guam, las Filipinas y las Marianas.

Aunque se ha vuelto habitual presentar el Desastre como una influencia decisiva sobre el grupo de escritores denominado la «generación del 98», en realidad se limitó a hacer aflorar una serie de ideas que llevaban un tiempo madurándose. Todos los escritores que aceptaron esa etiqueta eran jóvenes —Unamuno solo tenía treinta y cuatro años— y era inevitable que su pensamiento fuera inmaduro y estuviera sujeto a grandes cambios y contradicciones en los años siguientes. De todos modos, la expresión «generación del 98» no se usaba en aquella época y no surgió hasta quince años después, en 1913, de la pluma de José Ortega y Gasset y, posteriormente, de Azorín, quien sintetizó la importancia de aquellos autores con las siguientes palabras:

La generación de 1898 no ha hecho sino continuar el movimiento ideológico de la generación anterior; ha tenido el grito pasional, el espíritu corrosivo y el amor a la realidad. Ha tenido todo eso y la curiosidad mental por lo extranjero y

el espectáculo del desastre —fracaso de toda la política española— han avivado su sensibilidad y han puesto en ella una variante que antes no había en España.

La derrota militar que España sufrió en 1898 despertó las protestas de Miguel de Unamuno, quien veinte años después, en 1918, escribió lo siguiente:

El golpe de 1898 fue terrible, pero no sirvió para que despertase nuestro pueblo, sino para acrecentar su pesadilla. Aquello era el último acto de una conspiración del mundo entero contra España, a la que desde el siglo xvi se la venía persiguiendo. La manía persecutoria colectiva, esa triste vesania colectiva que nos ha impedido ingresar de lleno en la sociedad de las democracias civiles, esa frenopática obsesión de que en dondequiera se nos desdeñaba y despreciaba, la sombría quisquillosidad y recelosidad que ha sido nuestra tradición desde hace cuatro siglos, esto es lo que se ha cultivado más en España desde 1898 hasta hoy. No se nos ha hablado sino de nuestra leyenda negra y, hablando de ella, hemos ido ennegreciéndola más aún y obstinándonos en no ver nuestras faltas.

Al identificar a los extranjeros como responsables de lo que ellos llamaban una «conspiración del mundo entero contra España desde el siglo xvi», Unamuno y otros manifestaban un profundo sentimiento de agravio respecto a una situación que, según ellos, se remontaba a «hace cuatro siglos».

La situación desfavorable animó a los escritores españoles a ver los acontecimientos políticos como un drama que oscilaba entre dos polos opuestos: lo trágico y lo heroico. Utilizaron esta polaridad para proponer una visión muy simplificada de la experiencia histórica del país, en la que los extraordina-

rios triunfos del pasado compensaban con creces los errores aparentes del presente. Por ejemplo, a fin de minimizar los fracasos de la política imperial de los Habsburgo en el siglo xvii, exageraban los éxitos de la potencia militar en el xv, con lo cual contribuyeron a crear una versión mitológica del pasado. Todos los movimientos políticos del siglo xix, ya fueran liberales o conservadores, monárquicos o republicanos, se inventaron una versión favorable de su participación en la saga prolongada y azarosa de la evolución española.

Hablar de las «dos Españas» —una de éxito y otra de fracaso— pasó a ser un elemento fundamental y puede que el único original del pensamiento de los intelectuales. De esa polaridad surgieron intentos de explicar por qué el país, en lugar de avanzar hacia un futuro progresista, cargaba con el lastre de un pasado infructuoso. Se hizo habitual lamentar el estado del país en el presente, en comparación con la época gloriosa que había experimentado en otros tiempos. Esto implicaba, por supuesto, tener que identificar el periodo en el que supuestamente España había tenido una época dorada, una tarea que los escritores emprendieron con entusiasmo.

LA CREACIÓN DE UN MITO.

TERCERA FASE: EL SIGLO DE ORO

En Europa, el siglo xix fue la gran era de los comienzos de la investigación histórica. Gracias a la sistemática reescritura del pasado, algunos acontecimientos que podrían haberse considerado fracasos empezaron a transformarse en historias de éxito; por consiguiente, un vasto panorama de hechos del pasado lejano, en comparación con los fracasos de la historia reciente, adquirieron visos de triunfo. En Es-

paña, los fiascos del presente se volvieron más tolerables porque parecían compensarse con las glorias de siglos atrás, que entonces podían verse como elementos de un Siglo de Oro.

Había tres áreas cruciales en las que el contraste entre el fracaso del presente y los logros del pasado parecía demoleedor. En primer lugar, como analizaremos en el capítulo 8, se planteaba que la libertad y la grandeza que habían alcanzado los castellanos en la persona de la reina Isabel de Castilla peligraban entonces como consecuencia de las políticas de la monarquía del siglo XIX. Se consideraba que el problema era el absolutismo real, aunque la palabra «absolutismo», inventada por los liberales de las Cortes de Cádiz, jamás se definió y pasó a significar, simplemente, las políticas con las que no estaban de acuerdo².

En segundo lugar, muchos castellanos se consolaban con la certeza de que, en un momento dado de su pasado, habían conquistado y civilizado el continente americano y habían dominado toda Europa. Siempre hablaban de Cortés y de Pizarro, no solo en 1812 y en 1898, sino incluso en el siglo XXI. Fue una certeza, como comentamos en los dos primeros capítulos, que fortaleció la visión del mundo de generaciones de españoles. Al final, esa era de logros acabó por desvanecerse y los gobernantes extranjeros —se identificaba, sobre todo, a José Bonaparte, aunque la condena se extendía a todos los soberanos españoles posteriores a la reina Isabel— faltaron a la brillante promesa de un imperio mundial y se presentaron como indiferentes a los intereses del país.

² Véase Nicholas Henshall, *The Myth of Absolutism. Change and Continuity in Early Modern European Monarchy*, Routledge, Londres, 1992, pág. 209.